EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 14166

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 13 DE MARZO DE 1909

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

†

PRIMER ANIVERSARIO

El señor

Don Ricardo de Aguirre y Fernández

Falleció el día 16 de Marzo de 1908

R. I. P.

La vela y alumbrado á Jesús Sacramentado con misas en la iglesia parroquial del Sagrado Corazón de Jesús, el día 16 del actual desde las ocho de la mañana hasta las doce y los ejercicios de la tarde se aplicarán por el eterno descanso de su alma. Igual aplicación tendrán las misas que se celebren en el mismo día en la iglesia del Santo Hospital de Caridad.

Su viuda, hija, padres, hermanos y parientes ruegan á sus amigos y personas piadosas se sirvan encomendarle á Dios y asistir á estos religiosos actos.

CUENTO DEL SÁBADO

EL VIOLÍN

—¡Bravo! ¡bravo!.. ¡Aquí está la herencia!

Enrique y Juanito, mis hermanos, y yo aplaudíamos como locos.

—¡Paciencia, paciencia! exclamó papá, verificando la cuenta de las cartas y cerciorándose de que en el tren no se había extraviado nada.

Aquella herencia del tío Brice llegaba á nosotros como llovida del cielo.

Mi padre estaba empleado en una casa de banca, y los pobres doscientos francos que traía á mamá cada primero de mes pronto se invertían en cubrir las imperiosas necesidades de nuestra familia nada corta. ¡Cinco niños son la penuria para un empleado!

Ya mi hermana mayor ayudaba mucho á mamá en las tareas caseras. Enrique estudiaba de firme, para llegar pronto á ganar algún dinero. Alicia tenía grande afición á la música. Pero ¿cómo pagarle un profesor?

Teníamos por vecino á un músico de cinematógrafo, el cual regresaba diariamente derrengado, no sin decir abriendo la puerta: «¡Oficio de presidiario!» Por lo, no había que pensar en semejante oficio. En cuanto dedicarse á la música por pasatiempo, ya era otro cantar.

Bellas cajas expedidas cuidadosamente por el propietario á quien por testamento legara el finado sus muebles, encontramos algunas ropas viejas, papeles sin importancia, dos cuadros sin valor alguno, cuatro estatuas de yeso con baño de cera, un tintero de bronce... y un violín. En cuanto al añado holgón repleto de oro, ni por pienso. Acciones ú obligaciones, tampoco.

Mis padres, que esperaban algo mejor, ponían cara de vinagre.

—Es raro, no obstante mi tío había tenido algunos ahorros—decía mi madre.

Y sus dedos menudos registraban hasta lo más escondido.

Enrique estaba radiante. Habíase apoderado del tintero, y decía:

—Pluma prestigio; papaito, ¿no es cierto? Me servirá cuando sea ministro.

Mi hermana mayor había puesto en seguida en su cuarto las estampas de Alsacia y Lorena, y unos retratos de hombres célebres en el comedor-salón. Los cuadros, arrimados cuidadosamente á la pared, aguardaban á que llegase el domingo, para que papá los colocase. Mamá había sacado un poco de ropa blanca y la ponía en orden; Juan se había apropiado un cuchillo con sacacorchos, lo cual excitó nuestra hilaridad, cuando héte aquí que Alicia, la pequeña, á la cual habíamos bautizado con el nombre de la «Huroncita», dijo suspirando:

—¿Y para mí no hay nada?

—Mucho que sí. Toma. Puesto que eres tan aficionada á la música la Providencia colmará tus anhelos. Toma el violín.

Serenándose repentinamente, la Huroncita cogió el instrumento y se puso á rascar las cuerdas con el arco..

Hubo una risotada formidable. Los sones del violín parecían un maullido desgarrador y agudo.

—¡Chito!—gritó papá, no sin razón nervioso.—Déjame en paz con tu violín. ¡Qué no vuelva á oirlo!

La chiquilla no se lo hizo repetir.

De cuatro en cuatro escalones, subió á la buhardilla, su habitual refugio, y embutióse en un rincón predilecto, al cual llamaba «su casa», donde en cajas de cartón dormían sus muñecas y sus juguetes descalabrados. Huroncita lo rompía todo. Pero, como poseía á fondo el arte de ajustar los restos, remendaba todas sus maravillas y jugaba frecuentemente con los despojos.

Desde que poseía el violín, Huroncita se volvió circunspecta. Se le pasaba el tiempo en pulirlo, en tocarlo y le mojaba por encima para «darle lustre». Procuró alguna vez arrancarle sonidos, pero éstos eran tan malos, que renunció enseguida á la tarea.

Llegó el invierno, y el violín quedóse relegado en la buhardilla que el frío había hecho inhabitable.

En casa la penuria iba siendo mayor de día en día. Papá había pillado un cruel reumatismo, y faltaba á la oficina tres veces por semana. El banquero, hombre bueno y generoso, á pesar de tales ausencias, pagaba con regularidad el mes entero á su empleado, pero éranle menester á nuestro querido enfermo alimentos más substanciosos, vestidos más calientes y costosas medicinas.

—¿No terminará este invierno? decía con frecuencia mi madre.

Pasó el invierno y volvió la primavera; pero á los primeros rayos del sol de Marzo, papá no pudo ya levantarse. Iban á llegar los días buenos, iba á sonreir la primavera, habíamos comprado los primeros alelíes para regalárselos á nuestro enfermo, cuando éste, durante un hermoso día de Mayo, falleció bendiciéndonos con un gesto, murmurando con voz débil como un soplo: ¡Quered mucho á vuestra madre..!

No recuerdo á punto fijo lo que pasó durante aquella larga y fúnebre velada. Acudieron vecinos y luego parientes. Se había acostado á los pequeños; pero éstos se levantaron para ver otra vez á papá.

Mi madre se encontraba aterrada y sin recursos «Hoy, la desdicha; mañana, la miseria. ¡Oh! mis hijitos..!» sollozaba desesperadamente.

En vano esforzábanse en consolarla cuantos la rodeaban.

Esto duró hasta la mañana siguiente. Entonces vino un caballero muy guapo vestido completamente de negro, el cual juzgo que sería el banquero que tan bueno fué para papá, y nos dijo:

—No permanezcais ahí hijos míos.

Queriendo obedecerle, pues le debíamos agradecimiento, hice una seña á mis hermanos y hermanas y nos fuimos á la buhardilla.

Subía gente, mucha gente á casa.

Mi hermana mayor se echó á llorar silenciosamente. Enrique también lloraba. Yo miraba tristemente á Juan y á Huroncita, que se instalaba para jugar, recobrando sus habituales costumbres... Y, avergonzábame por ellos. ¡Divertirse el día semejante..!

Los niños ignoran la vida. Los niños no comprenden la muerte...

De súbito, echáronse á reir.

—¡Alicia y Juan callaban!

Ante mi actitud colérica los niños se contuvieron dócilmente.

Pasados dos minutos, Alicia, distrayéndose, cogió el violín y se puso á tocarlo.

—¡Eso pasa ya de la raya!—grité con voz desapacible, temblorosa y colérica.

Con gesto brusco arranqué el instrumento de las manos de mi hermana y lo rebatí contra el suelo.

—¡Bárbaro! sollozó Huroncita, en un grito terrible.

Su juguete predilecto, su querido violín, yacía roto á los piés de ella.

Presa ya de remordimientos, iba yo á pedir perdón á mi hermanita, cuando mis ojos se clavaron en un paquetito de papeles atados cuidadosamente, que se había desprendido del violín.

Comprendí en seguida que dicho paquete era la herencia del tío Brice; constituíala diez verdosos billetes, en cada uno de los cuales en caracteres muy distintos, se leía: mil francos.

Corriendo desatinadamente, bajamos á casa... La habitación hallábase desierta. Mamá lloraba junto al lecho solitario.

«¡Mamá! ¡mamá! ¡somos ricos!»

Eramos ricos, efectivamente: pues en nuestra aflicción, los diez mil francos del tío Brice llegaban á ser una fortuna. Eran un pequeño comercio para mamá; eran estudios completos para Enrique, cuidados para Juanito y un profesor de violín para Alicia, pues bien se lo merecía.

El tío Brice, al esconder sus valores en el instrumento, ¿quiso, sencillamente, substraernos á determinadas codicias? ¿O pensó, tal vez, que uno de nosotros sería músico y en su violín encontraría la felicidad algún día?

¡Misterio!

Mi madre, que guardaba en su corazón la fé profunda de nuestros mayores cruzó las manos, murmurando:

Bendecid á Dios, hijos míos.

MARIO UGY.

MARINA Y COMERCIO

Los incendios á bordo de los barcos

Cada vez son menos frecuentes los incendios á bordo de los barcos; pero, sin embargo, como estos siniestros ocurren cuando menos se piensa, siempre son de actualidad las indicaciones que deben adoptarse para vencerlos, á fin de aminorar los estragos producidos, no sólo por el fuego, sino también por los procedimientos empleados en su extinción.

Ante todo, se debe proscribir en absoluto el empleo de agua. En tierra, cuando se trata de edificios al aire libre, la extinción de incendios por medio de bombas de agua, puede resultar eficaz y conveniente, pero no en los barcos, donde generalmente los incendios se producen en la bodega, espacio cerrado que si se llena de agua pierde condiciones de estabilidad; deteriora el cargamento y determina otros estragos de difícil sino imposible remedio.

Cuando se produce un incendio á bordo, lo primero que debe hacerse es cerrar todas las comunicaciones de aire, para sofocar el fuego y enseguida inundar de ácido carbónico el lugar donde se haya iniciado el incendio. Para eso se han ideado varios sistemas siendo uno de los más prácticos el de Gronwald.

El gas encerrado en estado líquido, en depósitos metálicos «ad hoc» y bajo una presión enorme, pasa cuando hay necesidad de utilizarlo por unos tubos descensores á la bodega del barco. La instalación es fácil y poco costosa, y se hace, naturalmente «á priori», consistiendo esencialmente en una red de tubos de distribución y varios termómetros indicadores situados en diversos sitios de la bodega.

Al producirse el fuego, los termómetros indican la elevación de temperatura, y como para hacer imposibles las combustiones basta introducir en el espacio cerrado en que se produce el incendio el 25 por 100 de ácido carbónico, bien pronto la expansión del gas enfría el medio ambiente y los termómetros bajan.

El empleo del azufre y del gas pobre, que se adopta igualmente para extinguir los incendios en la bodega de los barcos, no deja de ofrecer algunos inconvenientes y desde luego es menos sencillo y más costoso que el del ácido carbónico. X.

CONTRA LA MARINA ESPAÑOLA

A medida que avanza la discusión del proyecto sobre comunicaciones marítimas, se acentúa la tendencia que ya desde los comienzos de aquélla pudo advertirse, y contra la cual protestó, muy razonada y muy oportunamente, persona tan independiente como el señor Zulueta.

Un día el señor Fernández Latorre, otro día el señor Villanueva, ayer el señor Azcárate, y como éstos algunos otros señores diputados, se han expresado de tal suerte, que no parece sino que para ellos es indiferente el que exista ó no Marina mercante, y que siendo esto así, lo que se busca á toda costa es introducir, de una ú otra manera, la Marina mercante extranjera en nuestros servicios subvencionados; lo cual produciría inevitablemente la disminución del pabellón español en los mares.

Es verdad que algunas Naciones han buscado el concurso de la Marina extranjera para engrandecer su comercio; pero no lo es menos que esas mismas Naciones han comenzado por ayudar eficazmente á su Marina nacional, y han hecho toda clase de es

pájaros y de los niños dispuestos siempre á gustar lo que se les ofrece abrió una granada encarnada y jugosa y empapó sus labios más encarnados y más frescos, si era posible que la sangre de la misma granada en ese oro líquido que se llama vino de Jeres.

Al cabo de un cuarto de hora doña Mercedes entrando ó más bien entreabriendo la puerta invitó á sus huéspedes á seguirla.

Había cedido su cuarto á doña Flor y el de su marido á don Iñigo.

Ni á don Iñigo ni á doña Flor se instalaba en idea de disculparse por el trastorno que causaban en la casa de don Alonso. La hospitalidad tenía sus leyes que eran respetadas por el que las recibía como por el que la ofrecía Don Iñigo y doña Flor hubiesen hecho otro tanto si hubiese recibido á don Alonso y á doña Mercedes en lugar de ser recibidos por ellos.

Don Iñigo en tanto que doña Mercedes se instalaba en el cuarto de doña Mercedes tomó posesión del de don Alonso y quitándose su traje de viaje se vistió para ir á ver al rey.

Ya le hemos visto pasar en la comitiva de don Carlos en la plaza de los Aljibes, y después volver para anunciar á don Alonso su llegada ahora sabemos también como un ugier llamando de parte del rey al Justicia Mayor de Andalucía había re-

no de la casa de su amigo, situada en la plaza de Viva-Rambla; cerca de la puerta de Granada.

Recuérdase también que el Justicia Mayor viniendo durante el tiempo que debía permanecer don Carlos en la capital de los antiguos reyes moros á habitar en Granada, había considerado como una injuria hecha á su amigo D. Alonso no ir directamente á pedirle la hospitalidad que su antiguo compañero de armas le había ofrecido un día en la ciudad de Málaga.

En su consecuencia, como había dicho á D. Alonso en la plaza de los Aljibes, se había presentado con su hija en la casa de su amigo el día siguiente de su llegada, y había ido á reclamar la hospitalidad ofrecida.

Doña Mercedes estaba sola, porque D. Alonso como se sabe esperaba desde por la montaña al rey en la plaza de los Aljibes.

Todavía hermosa á pesar de sus cuarenta años cumplidos doña Mercedes tenía la reputación de una antigua matrona. En vida, á los ojos de todos había pasado pura y sin mancha, y ninguno en Granada hubiese tenido la idea de dejar concebir sobre la esposa de D. Alonso ni aun la sombra de una sospecha.

Al ver á D. Iñigo doña Mercedes dió un grito sofocado y se levantó. Su rostro ordinariamente pálido, se cubrió de una repentina llama que se